

EMIGRACIÓN Y TRAYECTORIAS SOCIALES FEMENINAS

Cristina Borderías

MUCHAS de las mujeres que para distintos estudios he entrevistado a lo largo de los últimos 15 años, han vivido, solas o en familia, la experiencia de la emigración a Barcelona.¹ No en vano Cataluña, y especialmente esta ciudad, han sido a lo largo del siglo de los núcleos de inmigración más importantes de España. Su temprano y dinámico proceso de industrialización primero, su rápida terciarización más tarde, han hecho de ella un foco de atracción de mano de obra. Pero esta atracción no sólo ha residido en el constituirse como un mercado de trabajo con una demanda amplia, diversificada y flexible. La urbe barcelonesa ha contado también con otros "atractivos" y de ellos nos hablan más frecuentemente las mujeres que hemos entrevistado: de la flexibilización del control social sobre los comportamientos y actitudes, de la menor asimilación, respecto a la que se produce en hábitats más reducidos entre el *status* profesional y el social; de su mayor dinamismo social, cultural o político, con un movimiento obrero por ejemplo más fuerte y un sindicalismo más arraigado. El impacto de estos factores, que aparece, en los relatos de estas mujeres, con mayor relieve que los relativos al mercado de trabajo, no ha sido, por menos explorado, menor en la configuración de Barcelona como ciudad de inmigración. En torno a Barcelona, como gran urbe, ciudad obrera, cosmopolita y liberal se entretrejea un imaginario que ampliaba, especialmente para las mujeres, el mundo de lo posible: en el trabajo, en el matrimonio, en el acceso a la educación y la cultura, en lo político, y especialmente en las posibilidades de autonomización respecto a la familia.

Mi atención a la emigración de estas mujeres es sin embargo reciente. Trabajando inicialmente en aspectos diversos de la producción de trayectorias sociales femeninas (prácticas de trabajo y familiares en sus interrelaciones; procesos de construcción de la identidad femenina o de transmisión intergeneracional) desde una perspectiva interesada por captar su dimensión como sujetos del cambio social, el recoger, entre otras, biografías de mujeres emigrantes me vino dado por la propia realidad pluricultural de la sociedad catalana. Lo que me interesaba de esta diversidad sociogeográfica que componía siempre el universo de los conjuntos de biografías con los que trabajaba, era, más que la experiencia migratoria como tal, la dimensión comparativa que aportaba a diferentes investigaciones.

¹ Las biografías en que se basa este artículo han sido realizadas fundamentalmente en el curso de dos investigaciones para las que entrevistamos a 70 mujeres de cuatro generaciones. La primera de ellas, *Evolución de la división sexual del trabajo. La CTNE, Barcelona 1924-1980*, Barcelona, 1984. La segunda realizada en colaboración con Isabelle BERTAUX-WIAME y Adele PESCE, *Una comparación internacional sobre la producción de trayectorias sociales femeninas en España, Francia e Italia*, en curso de publicación.

Por tanto, algunas precauciones metodológicas. Aun cuando solamente fuera porque los relatos de emigración recogidos no lo han sido específicamente en cuanto tales, sino, indirectamente, como parte de una biografía cuya construcción se origina, como he dicho, en torno a otros ejes. Su análisis no puede pues seguramente insertarse dentro de los estudios migratorios propiamente dichos. Por la perspectiva utilizada, lo que me ha interesado particularmente de estos itinerarios es su consideración como parte de una estrategia individual o familiar, tendente a producir una trayectoria social.

La complejidad de los fenómenos migratorios, que no son sólo desplazamientos entre mercados de trabajo, sino entre clases, profesiones, modelos culturales o políticos... son momentos particularmente dinámicos y constituyen una oportunidad privilegiada para reflexionar sobre las modalidades y procesos del cambio social y sobre el papel de los actores sociales en los mismos. En este caso los itinerarios realizados por estas mujeres (los proyectos que los subtienden, las estrategias desarrolladas para llevarlos a cabo, su significación y su impacto en la propia trayectoria social) se fueron dibujando poco a poco como una clave particularmente elocuente para captar su dimensión como sujetos de sus propias trayectorias y las de sus familias, y mostrar su papel como protagonistas del proceso de transformación de una sociedad rural a otra industrial o urbana, proceso en el que su papel ha tendido a presentarse una vez más como secundario o de apoyo.

Las experiencias de emigración de estas mujeres de cuatro generaciones, realizadas en solitario o junto a sus familias, se insertan dentro de cuatro oleadas clásicas de la emigración hacia Cataluña: el primer tercio de siglo, la emigración de postguerra, los años cincuenta y la fuerte oleada de la década de los sesenta y principios de los setenta. En este, como en otros terrenos, las mujeres han sido presentadas sin embargo como objeto pasivo de cambios sociales a los que eran ajenas. Bien porque hayan sido presentadas como parte de la emigración familiar, en la que se considera ocupan posiciones subalternas, bien porque su emigración en solitario —que las estadísticas recogen como un fenómeno minoritario— haya sido vista como producto de constricciones económicas o de las necesidades familiares. Sin embargo en los relatos que hemos recogido, las mujeres se presentan a sí mismas —además de cuando son ellas las que emigran individualmente— como un sujeto activo de la dinámica migratoria familiar, tanto en la elaboración de los proyectos migratorios como en el desarrollo de sus diversas estrategias.

Con todas las precauciones que el enfoque de este estudio aconseja, de él parecen desgajarse elementos que nos permiten cuestionar algunas hipótesis generalmente afianzadas en los estudios migratorios. Unas se refieren a la concepción misma del sujeto migratorio, otras a sus motivaciones y al propio enfoque de los estudios sobre las motivaciones migratorias. Finalmente, y precisamente porque estos relatos no son sólo de emigración, sino que se hallan insertos dentro de entrevistas biográficas, hemos podido relativizar, así mismo, algunas de las categorías desde las que se analizan las migraciones femeninas.

SOBRE ALGUNAS HIPÓTESIS CLÁSICAS DE LOS ESTUDIOS MIGRATORIOS

Los flujos migratorios interregionales o internacionales han sido tradicionalmente analizados como resultado fundamental de los desequilibrios en y entre los mercados de trabajo. Con las diferencias analíticas entre unos modelos explicativos y otros la atención se ha centrado en términos generales en los factores estructurales que los han determinado,² atendiendo menos a la internalidad de dichos procesos y a la situación y perspectiva de los actores sociales.³

² Las interpretaciones histórico-estructurales dominan en los estudios migratorios a nivel internacional como señala M. MOROKVASIC en "Birds of Passage are also women" en *International Migration Review* 68.

En cuanto vistos como respuestas mecánicas —de adaptación— a las constricciones estructurales de tipo económico, social o político se ha atendido poco al estudio de la elaboración por parte de los actores sociales de los proyectos migratorios, las características de dichos proyectos; la relación entre proyectos individuales y colectivos, o los conflictos entre diversos proyectos dentro de la unidad familiar o la diferencia entre proyectos masculinos y femeninos dentro de las familias.

De los relatos que he recogido se desprende, sin embargo, la necesidad de una interpretación más compleja que la referencia a constricciones de carácter estrictamente económico. Hay, ciertamente, emigraciones que responden a la necesidad de resistir a la miseria, o a las necesidades de mercados de trabajo con una demanda más amplia y flexible, sin embargo para la mayoría de estas mujeres y de sus familias la emigración no era sólo una salida en busca de trabajo, pues casi todas ellas realizaban ya un trabajo remunerado en sus lugares de origen. De todas formas, la inserción en un movimiento migratorio no depende exclusivamente de la demanda de determinados mercados de trabajo, es preciso que los actores sociales estén atentos a estas oportunidades, y en esa medida es también producto de una acción social que no deriva mecánicamente de las constricciones estructurales. La resistencia a la miseria es también en buena medida una elección. De nuestro estudio se desprende que las mujeres o las familias que emigran no son por lo general los que más lo necesitan. Y de hecho ninguna de estas mujeres presenta su emigración como la única opción posible.

La emigración, efectivamente, surge en los relatos de estas mujeres no sólo como respuesta a los imperativos del medio, sino como una estrategia de resistencia y de transformación a múltiples niveles: de las condiciones del trabajo rural, de determinadas formas de la condición matrimonial, o del acceso a la cultura, que en el medio rural era especialmente difícil para las mujeres. Muy frecuentemente se presenta como estrategia de movilidad social para sí o para sus familias; o de adquisición de mayor autonomía. Estos proyectos que orientan modalidades de emigración y trayectorias sociales diversas muestran una fuerte capacidad de decisión sobre la propia vida.

La segunda hipótesis que me parece necesario revisar es la relativa a la consideración del sujeto de las migraciones como sujeto masculino. Por lo que se refiere a los grandes movimientos migratorios internacionales ésta es la tendencia que se ha considerado dominante⁴ hasta al menos los años ochenta, década a partir de la cual los análisis estadísticos recogen un crecimiento de la emigración femenina. La reunificación familiar, el crecimiento de la demanda de mano de obra femenina en general o de sectores económicos que privilegian la contratación de mujeres, o la propia tendencia al crecimiento de su incorporación al mercado de trabajo, son algunos de los factores que para la mayoría de los autores explicarían este cambio de tendencia. Para algunos países y respecto a grupos étnicos concretos las mujeres comienzan además a aparecer, a partir de la última década, como pioneras de las cadenas migratorias transnacionales. Esta tendencia se ha atribuido tanto a los cambios en las demandas de empleo de los países receptores, como a las transforma-

ciones de las estructuras económicas y a las profundas crisis sociales y políticas de los países del este europeo o del llamado tercer mundo.⁵

Este hecho ha coadyuvado a despertar en los especialistas una mayor sensibilidad a las relaciones de género que marcan los movimientos migratorios. En nuestro país se ha dedicado muy poca atención a esta problemática, dando por supuesto en muchos casos que el sujeto de las migraciones es mayoritariamente un sujeto masculino⁶ a cuyo itinerario se adecuaría el del resto de componentes de la familia, entre ellos el de las mujeres: esposas, hermanas o hijas.

No es éste sin embargo el caso que más frecuentemente ha aflorado en nuestras entrevistas, pues las mujeres emigran muy a menudo en solitario, y anticipan con ello, en algunos casos, la emigración familiar. Además muy a menudo estas mujeres se presentan a sí mismas como sujetos no sólo de sus propios itinerarios migratorios, sino de los de sus familias. Esta autopresentación como sujetos de dichas migraciones cobra dimensiones extremadamente complejas y no fácilmente accesibles. En algunas ocasiones, por ejemplo, son ellas las que elaboran o contribuyen a elaborar un proyecto migratorio cuya cadena inicia un miembro masculino de la familia: el novio, el marido, un hijo. Por ello si lo que se contempla es exclusivamente lo que podríamos llamar la "morfología sexual de la cadena migratoria" la participación de las mujeres es difícil de desvelar.⁷ La historia oral, a diferencia de las metodologías cuantitativas o de las perspectivas macrosociales, permite sin embargo acceder a este nivel menos visible y quebrar la identificación que muy a menudo parece, explícitamente, entre el sexo del individuo que emigra y el sujeto de las migraciones.

En algunos estudios recientes que han comenzado a ocuparse de la emigración femenina se señala, por otra parte, que el hecho de que las mujeres emigren en solitario no puede interpretarse linealmente como signo de autonomía, y por tanto no puede considerarse como sujetos de la emigración. Esta por el contrario sería efecto de la dependencia del grupo familiar, en función de cuyas necesidades se realizarían mayoritariamente las emigraciones femeninas.⁸ Es preciso, efectivamente, como hemos señalado más arriba, dissociar la adscripción sexual del individuo que emigra respecto a su consideración como sujeto autónomo de un itinerario sociogeográfico. Lo que es aplicable también a las mujeres. Sin embargo, para captar la complejidad de las emigraciones femeninas me parece también imprescindible diferenciar el doble movimiento que compone toda migración —emigración/inmigración—, estando especialmente atentos a cuanto puede la inmigración

voí. 18. En España ése es también el enfoque de la mayor parte de los estudios, entre los que destacan: A. M. CABRÉ, "Les migracions a Catalunya 1900-2000", en *Els moviments humans en el Mediterrani occidental*, Institut Català d'Estudis Mediterranis, Barcelona, 1989; J. CARDELÚS y A. PASCUAL, *Movimientos migratorios y organización social*, Península, Barcelona, 1979; A. G. BARBANCHO, *Las migraciones interiores españolas de 1961-1970*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1975; V. PÉREZ DÍAZ, *Emigración y cambio social*, Ariel, Barcelona, 1971.

¹ Las interpretaciones psicoculturales son por el contrario más frecuentes en los estudios de la emigración femenina. Ver MOROKVASIC, *op. cit.*

² M. MOROKVASIC, "New Dimensions of Migration in Europe and Gender", *International Seminar: Migrant Women in the 1990's. Cross-cultural perspectives on New Trends and issues*, Barcelona, 1992.

³ M. BOYD, "Migrant Women and Integrational Policies", *International Conference on Migration*, OECD, Rome, March 1991. DE TROY, "Femmes Migrants et Emploi", Direction Général de l'Emploi des Affaires sociales et de l'Education. Séminaire communautaire, Set, 1987. L. L. LIM, "The Status of Women in International Migration", *Meeting on International Migration. Policies and Status of Female Migrants*, United Nations, Bangkok, 1990. L. MOUSSOUROU, "Family Strategies and Migrant Women: Ambiguities of the Past, Imponderables of the Future" en *International Seminar. Migrant Women in the 1990's. Cross-cultural perspectives on New Trends and issues*, Barcelona, 1992.

⁴ La emigración andaluza extremeña se ha caracterizado por ser masculina, mientras la gallega, castellana y aragonesa por ser femenina. Ver al respecto Elvira CASTRO, *Aspectos sociológicos de la inmigración granadina en Barcelona*, tesis doctoral, Barcelona, 1976. A. G. BARBANCHO, *Las migraciones interiores españolas. Estudio cuantitativo desde 1900*, Estudios del Instituto de Desarrollo Económico, Madrid, 1967.

⁵ Por otro lado los estudios sobre migraciones familiares sugieren que por lo general es el marido el que emigra en primer lugar. Ver R. BALLARD, "South Asian Families", en R. N. Rapoport, M. G. Fogarty y R. Rapoport, eds., *Families in Britain*, London, Routledge and Kegan Paul, 1982. H. M. VERMEULEN, T. VAN ATTEKUM, T. PENNING y F. LINDO, *Greeks in Holland*, Athens, National Centre of Social Research, European Cultural Centre of Delphi, 1990.

⁶ J. LAUBY y O. STARK, "Individual Migration as a Family Strategy. Young Women in the Philippines", *Population Studies 1988*, vol. 42, n.º 3. L. M. MOUSSOUROU, "Family Strategies and Migrant Women: Ambiguities of the Past, Imponderables of the Future", art. cit.



tener un efecto profundo sobre los proyectos de *emigración* realizados, reorientando o transformando dichos proyectos y modificando por ello estrategias y prácticas —laborales, matrimoniales, familiares, sociales o políticas—. La complejidad que introduce esta dinámica temporal sobre el análisis de los proyectos migratorios viene mostrado por ejemplo en los itinerarios de algunas jóvenes enviadas a la ciudad, dentro de lo que algunos autores llaman “emigración patriarcal”. Porque, aun desde proyectos ajenos, la inserción en el medio urbano —inserción laboral, social...— tiene efectos indudables en la autonomización de sus trayectorias provocando muy a menudo una ruptura con el proyecto paterno. Contemplar las trayectorias en su duración permite relativizar y hacer más complejo el análisis de los modelos migratorios, como veremos más concretamente al analizar, brevemente, algunos de los casos.

Veamos la tercera de las hipótesis. La atención a la emigración femenina se ha centrado recientemente en una revisión de las teorías que mantenían los efectos de modernización y emancipación de las emigraciones de las mujeres de lo rural a lo industrial o lo urbano o de una sociedad menos desarrollada económicamente a otra de mayor desarrollo. Frente a ello se ha llamado la atención sobre los límites que derivan de las formas de integración en un mercado de trabajo sexualmente segregado, para enfatizar en la mayoría de

los casos los nuevos aspectos de subalternidad, opresión y discriminación derivados de la doble condición de mujeres y emigrantes.⁹

A lo largo de nuestras entrevistas, sin embargo, raramente afloraban de forma espontánea los aspectos de desarraigo, dificultad de adaptación a la vida urbana o soledad que una emigración sin duda conlleva en una medida u otra. Quizá por descontada. Quizá precisamente por la dureza o la vergüenza de la miseria vivida. O tal vez porque, como han señalado algunos autores, accedemos sólo a los relatos de aquellas personas que han logrado un cierto éxito en sus proyectos, y es más a menudo la historia de esta lucha exitosa por llevar a cabo determinados proyectos, o de los logros de una adaptación cotidiana a las constricciones del medio, lo que se nos ofrece espontáneamente. Tal vez por la propia forma en que estas experiencias de emigración han sido recogidas; porque abordadas desde la perspectiva biográfica han sido revividas más como estrategias tendientes a producir una determinada trayectoria social y en esta medida el sentido que le es conferido no es tanto un sentido coetáneo, sino uno que tiene en cuenta la dinámica temporal de una existencia. Hay que tener en cuenta que los diversos acontecimientos que se producen a lo largo de una vida retroactúan entre ellos y el sentido que les dan los actores mismos es un sentido “histórico” en la medida en que el tiempo cuenta como productor de una significación precisa.

A pesar de la dureza de las condiciones de vida y la conflictividad de la experiencia inmigrante, estos relatos cuestionan la visión que reduce a las mujeres emigrantes a víctimas, o a objetos pasivos, una vez más de una triple opresión —clase/sexo/emigración—. Las referencias a las constricciones sociales que han enmarcado sus vidas, y en concreto sus itinerarios migratorios, emergen más bien como otras tantas oportunidades de construir nuevas situaciones. Desde esta forma de recordar sus experiencias y de dar sentido a las mismas, las mujeres cuestionan las interpretaciones que las colocan como sujetos débiles y pasivos. Incluso desde aquellas experiencias de emigración de algunas mujeres jóvenes que cuentan cómo fueron enviadas por el padre lejos del domicilio familiar, la referencia a esta expulsión —que responde a lo que algunos autores han denominado un modelo patriarcal de emigración femenina como veremos a continuación—, cobra un carácter marginal, para destacar las formas de reacción y de apropiación de una situación a la que tuvieron que enfrentarse ineluctablemente y a la que confirieron un sentido que frecuentemente entraba en conflicto con los objetivos perseguidos por el proyecto paterno.

A través de este sentido dado a la experiencia de la emigración, las mujeres tienden a destacar su papel en tanto actores sociales cuyas prácticas cotidianas luchan por hacer algo a partir de lo que se ha hecho de ellos, como subrayaba Sartre. Los relatos de emigración de estas mujeres de cuatro generaciones chocaban frontalmente con esta triple imagen: la emigración como producto exclusivo de las constricciones económicas, su papel secundario —de adaptación— en la emigración familiar y la experiencia de la emigración como experiencia fundamentalmente de opresión y de nuevas formas de subordinación.

ACERCA DE ALGUNOS TIPOS Y CATEGORÍAS DE MIGRACIONES FEMENINAS

Una reflexión sobre la categoría de “emigración patriarcal”

Querria revisar ahora, aproximándonos más de cerca a algunos aspectos de los relatos de emigración que he recogido, una categoría que algunos autores han utilizado para anali-

⁹ Ver al respecto G. CAMPANI, “Transnational perspectives in Migrant Women’s Employment” en *International Seminar on Migrant Women in the 1990’s. Cross-cultural perspectives on New Trends and issues*. Barcelona, 1992.

zar las migraciones femeninas: "emigración patriarcal" o "modelo de emigración patriarcal". Categoría que se aplicaría a aquellas migraciones de mujeres jóvenes que son impulsadas a emigrar por los padres, en función de necesidades, intereses o proyectos familiares en los que ocuparían posiciones subalternas. La aplicación de esta categoría a este tipo de emigraciones tiene un segundo efecto de lectura sobre las trayectorias de las mujeres emigrantes: el presentaría como sujetos pasivos de las mismas y prejuzgar los limitados efectos de "modernización", "emancipación" de su trayectoria que podría conllevar la inmigración, debido a su inscripción en este tipo de emigración patriarcal.

Entre las mujeres que habíamos entrevistado había algunas, emigrantes muy jóvenes, que habían sido enviadas por los padres en función de proyectos colectivos familiares en los que a las mujeres parecía reconocérseles un menor grado de individualización que a sus hermanos varones, por ejemplo. Entre estas, pertenecientes a las dos primeras generaciones, se podían además distinguir dos grupos.

El primero es el de algunas mujeres del medio rural que son enviadas por los padres para aligerar el peso económico de una familia con descendencia numerosa, y lograr así una mejor adaptación al medio rural. Adaptación que podrá o no tener éxito, y en función de ello permitirá, efectivamente, a la familia permanecer en el lugar de origen, o en caso contrario ver emigrar progresivamente al resto de los hijos a edades más avanzadas, o retardar la emigración a generaciones posteriores. Son familias fuertemente ancladas en la cultura rural para las que la emigración es un último recurso, que, en todo caso, se dibuja para alguno de sus miembros, muy frecuentemente las hijas, como práctica de mantenimiento del hábitat de origen para el resto de la familia.

El segundo grupo es el de aquellas familias en las que la emigración de una de las hijas responde a proyectos de emigración familiar en ruptura con el medio rural. La instalación rápida de una hija en la ciudad, procurada por el trabajo en el servicio doméstico, es siempre una estrategia de menor riesgo para el conjunto de la familia que puede mantener así su trabajo en el campo hasta asegurarse la posibilidad de una vivienda y de un empleo en la ciudad para otros miembros de la familia. Enviar a una hija a trabajar al servicio doméstico constituye una estrategia de exploración del mercado de trabajo y de la vivienda para el resto de los miembros de la familia. El servicio doméstico, como he señalado en otro lugar,¹⁰ aun siendo considerado uno de los trabajos más subalternos, muestra su fuerte capacidad de movilización: de los propios recursos de las mujeres, y de sus familias; y de mediación entre lo rural y lo urbano.

Veamos, sin embargo, hasta qué punto esta categoría es capaz de captar la complejidad de los itinerarios migratorios de las mujeres que he entrevistado. Si pasamos de analizar sólo la secuencia de la emigración a contemplar longitudinalmente las trayectorias de estas mujeres, y si además ponemos esta trayectoria en relación con la de los demás miembros de la familia de origen y con la del marido, y la de sus hijos e hijas, la categoría de emigración patriarcal es insuficiente para dar cuenta de la complejidad de estos procesos sociogeográficos.

Esta insuficiencia es puesta de manifiesto, por ejemplo, por algunas mujeres del primer grupo, cuya inserción laboral y social en la ciudad no sólo va a producir, en distintas formas y dimensiones, efectos de autonomización de su propia trayectoria, que no podrá ya leerse linealmente como emigración patriarcal, sino que además va a tener efectos sobre la de otros miembros de la familia, e incluso sobre el colectivo familiar. Así algunas de ellas después del matrimonio y de la maternidad atraen a otras mujeres de la familia, las hermanas o la madre para tener apoyo en el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos

¹⁰ Cristina BORDERÍAS, "Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y familiares. A través del servicio doméstico". *Historia y Fuente Oral*, n.º 6, 1991.



Foto de Manuel Ferrás

y consolidar su propia inserción laboral. Unas veces de forma puntual, otras llegando a consolidarse y dando lugar a una transformación en mayor o menor medida del proyecto inicial. Estas historias nos muestran el impacto que la "inmigración" puede tener sobre una redefinición de los proyectos de "emigración" iniciales de una familia, y consecuentemente sobre las estrategias y prácticas desarrolladas no sólo por la mujer que emigra, sino por el resto de miembros de la familia.

En uno y otro caso, estos relatos nos muestran cómo, aun emigradas en principio desde proyectos familiares, estas mujeres no se limitan a sufrir pasivamente las condiciones generadas por las constricciones sociales, sino que las utilizan como un instrumento de movilización de los propios recursos y en ocasiones de los de las familias de origen. Con escasa o nula escolarización, estas emigrantes, en su mayoría pertenecientes a las dos primeras generaciones, tienen una fuerte conciencia de sus competencias femeninas adquiridas en la familia de origen y de las posibilidades de utilizarlas para el mercado en los núcleos urbanos. La trayectoria laboral más común es la que las lleva, del servicio doméstico como internas, a realizar después del matrimonio trabajos como mujeres de faenas.

La movilidad a otros tipos de trabajo y el mantenimiento de una trayectoria de actividad continua no interrumpida por la maternidad es poco frecuente. En todo caso, depende de la posibilidad de atraer a la ciudad a otros miembros femeninos de la familia de origen y reconstruir en el medio urbano una comunidad femenina más amplia. Sólo las mujeres

que lo lograron pudieron, efectivamente, realizar otros trabajos que implicaban un horario menos flexible en relación a los horarios familiares. La circulación, entre mujeres, del trabajo doméstico familiar se constituye así en un hecho estructurante de la actividad y la movilidad laboral femenina. Estas prácticas de intercambios en el trabajo y la familia nos muestran cómo en el interior de una comunidad femenina familiar se da una estrategia colectiva compleja para lograr la movilidad laboral de algunas de las mujeres de estas familias. Ello les permitirá, aun sin llegar a desarrollar un oficio, dejar el servicio doméstico e iniciar una trayectoria laboral marcada por el desempeño de pequeños trabajos: cocineras, dependientas en mercados, pequeños trabajos de costura a domicilio, pasando de trabajo en trabajo según las oportunidades que encuentran al paso y las posibilidades de aprovecharlas según las obligaciones o los apoyos familiares.

Sus formas de inserción en el empleo de estas mujeres revelan un aspecto de las múltiples mediaciones que estas mujeres realizan entre la comunidad campesina y la urbana. Sus prácticas laborales, guiadas por una atención particular a las mínimas posibilidades de aumentar el nivel de vida familiar, son de adaptación continua a las oportunidades del mercado a partir de las competencias transmitidas familiarmente. Aunque raramente llegarán a adquirir un oficio, no será éste el modelo transmitido a las generaciones sucesivas. En estas familias son muy a menudo las mujeres quienes elaboran y trabajan más por la dotación de un mayor capital escolar y de formación para las hijas. Proyecto que apoyan con su mayor implicación personal en el empleo. La dotación a las hijas, de una escolarización algo más prolongada, y en todo caso la de un oficio, por modesto que sea, es, no sólo producto de una aspiración de movilidad social, sino una estrategia de autonomización respecto al matrimonio, frágilmente sostenida ya —dado el proceso de cambio de los mercados industriales y de servicios— en base a las cualificaciones adquiridas en el ámbito doméstico.

Los proyectos elaborados para sus hijas y los esfuerzos desarrollados para transmitirlos, de los que estas biografías tanto nos hablan, permiten dar a sus trayectorias si cabe mayor dinamismo y penetración en los cambios vividos por las mujeres de generaciones sucesivas. El cambio vivido por y de unas generaciones a otras nos aparece así, no ya como algo ajeno a los actores sociales, sino producto de prácticas que se tejen en el tiempo entre las distintas generaciones, a través de la transmisión. En el caso que nos ocupa de la transmisión de madres a hijas.

Esta relación fuerte con el empleo —visible a través de sus propias trayectorias— y de los esfuerzos de transmisión a las hijas de un oficio, no parece emerger del contacto con el modelo de la comunidad femenina obrera urbana que sin embargo le conferrá otras dimensiones, sino que se muestra profundamente arraigado en la cultura rural. Este modelo de trabajo femenino, propio de las culturas jornaleras campesinas, se ve, sin embargo, confrontado con una separación más rígida entre producción y reproducción que la que existe en el medio rural, y por tanto con la necesidad de crear nuevas formas de mediación entre lo público y lo privado, lo doméstico y lo laboral.

La reestructuración de las comunidades femeninas —fenómeno profundamente arraigado en la cultura rural— en el medio urbano aparece como con modificaciones y conflictos como estrategia de adaptación a las nuevas condiciones de vida urbana.

Las trayectorias de estas mujeres muestran cómo nada está jugado de antemano, y las múltiples estrategias desarrolladas para hacer frente a las situaciones de partida y ganar espacios de mayor autonomía. La emigración de Antonia podría vincularse al segundo de los grupos que hemos mencionado. Su trayectoria posterior a la emigración ilustra bien el juego entre las constricciones sociofamiliares y la apropiación de las mismas en tanto oportunidades de crear situaciones de mayor movilidad. Antonia es la cuarta de una fratria compuesta por cuatro hermanas y cuatro hermanos. Nace en una familia de campesinos

murcianos en 1906. Debiendo ayudar a su madre en la casa antes de emigrar y en pequeños trabajos que le eran retribuidos por vecinos del pueblo, su escolarización será débil y la emigración la interrumpirá definitivamente. Antonia apenas lee y escribe cuando es enviada por su madre a servir a Barcelona. Tenía 16 años y se esperaba que su emigración abriera las puertas a otros miembros de la familia. No pudiendo mantener a todos los hijos, una de sus hermanas marchará, siendo aún una niña, a vivir con unos tíos en un pueblo cercano. En esta, como en otras familias, son las mujeres quienes durante la infancia, ante problemas de supervivencia, abandonan antes la casa familiar. Durante los cuatro años que siguen a la emigración de Antonia, se produce escalonadamente la llegada de los dos hermanos y de la hermana mayor, después la de los padres con el resto de los hijos menores. Antonia ha encontrado trabajo para cada uno de ellos y una vivienda que compartirán inicialmente todos los miembros de la familia.

La llegada de los padres coincide con la decisión de matrimonio de Antonia. Hasta ese momento había continuado trabajando en la misma casa. Durante sus regresos periódicos al pueblo para pasar sus vacaciones, había entablado noviazgo con un joven jornalero al que no comunicó su proyecto de no volver al pueblo hasta lograr encontrar para él también un trabajo en la ciudad. En sus proyectos no entra el dejar de trabajar: “las mujeres como yo siempre habíamos trabajado, lo otro era cosa de señoritas...”. Aunque en las capas más modestas de los medios obreros de los núcleos industriales y urbanos hemos encontrado también esta inscripción fuerte del empleo en la identidad femenina de esta generación, este modelo aparece particularmente anclado en las culturas rurales en las que el espacio de la producción y el de la reproducción no encontrarán aún la escisión más característica de la industrialización avanzada.

Antonia no posee ningún oficio, ni aspira a él, ni parece tener ningún proyecto laboral preciso. Sólo la continuidad en el empleo, sea el que sea, y el matrimonio aparecen como acontecimientos igualmente previstos y no como alternativa: “algunas compañeras iban los jueves por la tarde a un taller de costura a hacerse un oficio, pero yo no, aprovechaba para ir al baile o para reunirme con las amigas, o íbamos a misa y nos dábamos un paseo siempre acompañadas de alguien, claro, pero con las cosas que había que ver no me iba a poner a aprender, cuando me casara ya vería yo cómo me las arreglaba”. Y efectivamente, después del matrimonio pareció arreglárselas bien echando mano de sus competencias, de las que era muy consciente: “habíamos sido educadas para ser mujeres de jornaleros, ¿sabe lo que significa eso?, pues que sabíamos hacer de todo, no como ahora: lavábamos, pero lavar como entonces ¡eh!, planchábamos aquella ropa tan difícil, la cosíamos y recogíamos hasta que desaparecía, cocinar... cocinábamos el hambre, nos ocupábamos de los animales, del campo si hacía falta, íbamos a vender y sacábamos lo que podíamos, y entonces antes de venir a Barcelona ya había hecho de todo eso, pintábamos las casas, ¿no sabíamos otra cosa más que trabajar?”.

Al casarse continuó, durante un tiempo, haciendo faenas por las casas, pero en una de ellas comenzó también a ayudar a una costurera que iba una vez a la semana: “cosas que a ella no se le ocurrían, se las apañaba yo que tenía mucha maña porque en el pueblo cosíamos lo que no existía” y aprovechando la enfermedad de ésta comenzó a encargarse de pequeños trabajos de costura, primero en esa casa, después en algunas otras, compaginando este trabajo con las faenas de siempre. Dos años después del matrimonio nace su primer hijo e interrumpe su trabajo por unos meses. La circulación del trabajo doméstico familiar entre las hermanas y la madre, que también realizan faenas, le permiten volver a trabajar antes que otras mujeres de su misma generación que no contaron con este apoyo, y aprovechar la primera oportunidad que se le presenta para prolongar su horario laboral, e incrementar su salario con el que le ofrecen por ayudar a las horas de las comidas en una cantina próxima al puerto. Este esfuerzo por incrementar su salario al límite de sus posibi-

lidades laborales responde a la elaboración de un proyecto para las hijas: la dotación de un oficio que nunca consideró para sí misma. Si en lo tocante a la continuidad laboral, el modelo al que se refiere Antonia es el de las mujeres del medio rural, el modelo de trabajo de las mujeres obreras que encuentra a lo largo de su vida urbana juega a otro nivel: "aquí era distinto, para empezar las catalanas no hacían nunca lo que hacíamos nosotras, ellas tenían un oficio que ya les venía de lejos, no como nosotras, y en la ciudad, yo porque era espabillada como las que veníamos del pueblo que nos las sabíamos apañar con cualquier cosa, que sabíamos hacer de todo, pero aquí si te querías desenvolver habías de tener un oficio, planchadora o lo que sea, pero un oficio, eso era lo que contaba". Los acontecimientos posteriores de su vida reforzarían esta idea, aunque ella no pudiera contribuir a realizarla.

En la misma cantina lograría colocar con el tiempo a otra de sus hermanas ya casada y también en ella sabe de un trabajo de transportista para el que sólo hace falta sacarse el carnet de conducir, y logrará convencer a su marido a cambiar de trabajo. Su propia familia y las de sus hermanas y hermanos inician después de unos años en Barcelona una trayectoria de ligero ascenso social que será perceptible en la generación de los hijos. La muerte prematura de su marido imprime un giro inesperado a la trayectoria de Antonia, cuya familia pasaba a depender de su salario.

La familia subsiste a partir de ese momento de forma precaria, interrumpiéndose el inicio de la movilidad ascendente familiar que necesitará de dos generaciones más para realizarse. Antonia se da cuenta en ese momento de que la carencia de un oficio en el medio obrero urbano conlleva, además, poner la supervivencia femenina en manos del azar que todo matrimonio supone. Sin llegar a dotar de un oficio a sus hijas, a las que, por no poder mantener, empuja a un matrimonio temprano, les transmite la necesidad de adquirirlo a través de la experiencia laboral. Sus hijas, casadas efectivamente muy pronto, tendrán inicialmente una experiencia laboral ligada también a los trabajos domésticos, pero utilizarán estas competencias transmitidas familiarmente, aunque menores ya que las de su madre, para dotarse de un oficio —las dos mayores serán planchadoras y la menor tejedora— que ejercerán pocos años, pero desde los que accederán a otros dentro de sus respectivas empresas.

Antonia sitúa su experiencia como realización de los proyectos y las prácticas transmitidas dentro de su familia por la generación anterior. No es en este sentido una anticipadora de otros modelos femeninos distintos al heredado: sus prácticas laborales, guiadas por una atención particular a las mínimas posibilidades de aumentar el nivel de vida familiar, son de adaptación continua a las oportunidades del mercado, a partir de las competencias transmitidas familiarmente. Por otro lado, si la emigración de Antonia podría referirse como emigración patriarcal en la medida en que es enviada a Barcelona en función de proyectos familiares, interrumpiendo definitivamente una escolarización de por sí frágil, Antonia se apropia pronto para sí del proyecto familiar. Esta trayectoria, que puede verse sólo como una secuencia de pequeños trabajos subalternos, se revela sin embargo particularmente dinámica y con una fuerte influencia de movilidad ascendente para distintos miembros de la familia de origen. También para la propia si el "destino" no se hubiera interpuesto, destino que viene a mostrar también toda su fragilidad.

LA EMIGRACIÓN COMO ESTRATEGIA FEMENINA DE RUPTURA

Junto a estos tipos de emigración, encontramos, excepcionalmente en la primera generación, más frecuentemente en las posteriores, mujeres que se sitúan en ruptura con los modelos de su medio social. La emigración es para ellas una estrategia de ruptura con el medio: familiar, matrimonial, laboral, político, escolar o cultural. En este sentido podemos

hablar de estas mujeres como "anticipadoras" respecto a su medio social, que buscan sin embargo otros espacios sociales favorables a la realización de dichos proyectos. De ahí que el lugar elegido para la emigración no sea sólo aquel cuyos mercados de trabajo precisen mano de obra; la elección es producto de una combinación entre las posibilidades que el lugar ofrece de subsistencia y una serie de elementos más complejos que se espera respondan a los proyectos concebidos.

Entre este tipo de emigraciones y de los proyectos femeninos que subyacen a ellas vamos a explorar más en detalle tres:

—La emigración como resistencia al matrimonio en medio rural.

—La emigración como ruptura frente a la alternativa empleo/matrimonio como modelo femenino.

—La emigración como resistencia/ruptura frente a diversas modalidades de la división sexual del trabajo en el medio obrero.

La emigración, realizada en cada caso bajo múltiples formas, se constituye como una estrategia que va a permitir o favorecer la realización de dichos proyectos.

La emigración como ruptura con el matrimonio rural: Josefa y Juana

La emigración como ruptura respecto al matrimonio rural lo es no sólo con unas específicas condiciones matrimoniales, sino con las condiciones de vida y trabajo que para una mujer supone el casar con un jornalero, y por tanto con las relaciones de dependencia entre las condiciones de trabajo propias y las del matrimonio.

No es que de un matrimonio con un obrero se espere un cambio de las condiciones matrimoniales, una transformación de la división sexual del trabajo o de las relaciones jerárquicas familiares. Porque bajo otras formas, entraña nuevas contradicciones, entre otras la dificultad de articular una doble presencia en la producción y en la reproducción, que en el mundo campesino se vive con menores contradicciones. El medio industrial o urbano parece ofrecer, sin embargo, mayores posibilidades de autonomización entre el matrimonio y la propia actividad laboral, y unas condiciones laborales menos duras.

Estos proyectos de ruptura se realizan a través de estrategias migratorias muy complejas y diversificadas, dependiendo de las estructuras y los recursos familiares, los medios económicos o los ciclos de la vida familiar, entre otros factores. En algunos casos son mujeres que emigran solas, buscando trabajo para el marido, o incluso para algunos de los hijos o hijas, anticipando esta emigración a la de toda la familia. Con esta emigración se busca no sólo la transformación de las propias condiciones laborales asociadas al matrimonio con un jornalero, sino el que el matrimonio de las hijas tendrá ya lugar fuera del medio rural.

Es el caso de la emigración de Josefa. Nacida en 1907 en un pueblo extremeño, casada, con tres hijos y con un nivel de subsistencia asegurado —superior, según nos dice, incluso al de otros familiares o vecinos: "otros que estaban peor se quedaban"— decide emigrar a "servir a la ciudad", primero Madrid, tras una breve estancia a Barcelona. Esta emigración, que realiza en solitario, precede a la de toda la familia. Josefa encuentra trabajo para su marido, como Antonia había hecho para su familia y para su novio: "Yo estaba decidida, y le dije a mi marido pues si no te vienes tú, yo me voy —a lo mejor lo hubiera hecho—, y como no le veía mucho ánimo, me fui yo primero, porque yo le decía —mira yo aquí a mis hijas no las quiero ver—. Entonces allí para las mujeres era horroroso, de los que pasaban hambre, las mujeres más, de los que se humillaban delante de los amos, las mujeres más, de letras nada, si alguien sabía leer eran los hombres, si tenías hermanos los tenías que servir, si marido también, allí no había futuro... y aquí estoy, y con lo de la Expo-



sición Universal pues había mucho trabajo para los hombres y sí, sí, vaya que si se vino, a donde yo iba, él iba, siempre había sido así". Josefa contaba de antemano con la aceptación de su marido. Su emigración tiene un objetivo preciso, lograr para sí misma y especialmente para sus hijas espacios de mayor autonomía basados en una escolarización más prolongada y en un trabajo más autónomo en relación a la familia: "Yo quería para mis hijas algo mejor que lo que yo había tenido, un trabajo más digno... que no tuvieran que estar siempre sujetas al marido".

Josefa se sitúa pues, en relación a otras mujeres de la misma generación que hemos entrevistado, como una anticipadora, apoyando con la propia emigración la realización por parte de las hijas de su proyecto. Su emigración constituye una auténtica estrategia de ruptura con las condiciones laborales y matrimoniales de las mujeres de su medio. Sin familiares ni conocidos en Barcelona, pasa de "servir" a realizar trabajos de faenas cuando llegan su marido y sus hijas; como Antonia, realizará también numerosos y diversos trabajos adaptados siempre a la necesidad de ocuparse de su familia: algo de costura, algún pequeño servicio para las vecinas, que éstas le retribuyen. Josefa logrará dar a sus hijas una escolarización primaria y un oficio, y transmitirles su proyecto de autonomización basado en el empleo que las sitúa a su vez como transgresoras del modelo femenino difundido en los años cuarenta y cincuenta. Todas tendrán una trayectoria continua de actividad tras el ma-

trimonio y la maternidad sin que las necesidades económicas les apremiaran forzosamente a ello. Las trayectorias de las hijas de Josefa, a una de las cuales entrevistamos también, nos muestran cómo para comprender una biografía no es suficiente ponerla en relación con su propio contexto económico, social o cultural porque dependen también del momento de la trayectoria familiar en la que se sitúan.

Otro caso es el de las jóvenes que emigran antes de llegar a una edad en la que se corra el riesgo de contraer matrimonio con un jornalero, bien sea dentro de un proyecto de transmisión madre-hija, bien en ruptura con el modelo materno. Son por ello emigraciones a edades muy tempranas, que se realizan también a través del servicio doméstico. En estos casos, un proyecto inicial muy frecuente es el procurar el matrimonio con un obrero urbano. Si bien, en el paso del campo a la ciudad, el contacto con la comunidad femenina urbana va a operar transformaciones de este proyecto inicial.

A este proceso complejo nos abre la historia de Juana. Desde un pueblo extremeño emigra impulsada por la madre, como un modo de resistencia al matrimonio rural y de realización de un matrimonio con un obrero urbano. La transmisión de este proyecto de madre a hija dista de ser lineal y Juana transformará pronto, a partir de su confrontación con otros modelos de vida femeninos, el proyecto inicial de "matrimonio urbano" en un proyecto de autonomía basado en el empleo.

Su itinerario se inicia, como el de tantas otras mujeres de su medio, trabajando "como sirvienta y cocinera" en una familia de la burguesía barcelonesa. Hija de jornaleros, semianalfabeta, tiene que echar mano, como la mayoría, de sus saberes domésticos para aumentar sus posibilidades de movilidad social. Tras unos años como cocinera en esta familia, utilizará esta experiencia para colocarse como ayudante de cocina en un restaurante, y buscará una pensión donde vivir con mayor independencia. Este cambio no responde sólo a una aspiración por mejorar sus condiciones laborales, sino a la búsqueda de un empleo que le permita ganar en autonomía y poner las bases de resistencia al matrimonio como única vía de movilidad social. "Yo la verdad, en aquel entonces pues venía con la única idea de vivir mejor, que las mujeres de los jornaleros como mi madre llevaban muy mala vida, mi madre siempre me decía -nunca te cases con un jornalero, busca un obrero, un obrero-. Entonces parecía que si no te casabas no eras nada. Pero ya al venir aquí yo vi un ambiente muy distinto. Estabas menos vigilada y las mujeres de aquí eran de otra forma. También las que habían venido antes, parecía que esto las transformaba o eran ellas no sé... Tenían su trabajo que a lo mejor no era nada, pero ya salían, tenían su salario y yo pensé que por qué me tenía que casar; si podía vivir sin casarme pues mejor porque en cuanto firmas papeles los hombres ya se piensan que te tienen y se acabó. Y ya yo pensé en irme de esa casa que no era más que una sirvienta y ganar mi dinero de otra forma, vivir en una pensión que nadie me controlaba y había otras mujeres como yo y nos ayudábamos, salíamos, nos divertíamos y trabajábamos todo lo que podíamos para salir adelante solas." Efectivamente, Juana va a vivir algunos años sola, y un largo periodo de su vida en pareja sin legalizar el matrimonio. Su relación con un obrero urbano, como había deseado para ella su madre, y su maternidad van a influenciar su trayectoria laboral: Juana dejará el restaurante, pero desarrollará una y mil estrategias a lo largo de su vida para mantener el equilibrio entre la familia y el empleo y una notable autonomía respecto a su marido. Cuatro años después de tener su segundo hijo reanudará su trabajo, marcado en los años posteriores por frecuentes cambios. Unas veces debido a los vaivenes del empleo, otras para adaptarse a los ritmos familiares. Trabajaré haciendo faenas, cuidando niños, volverá a ser cocinera a temporadas, tejedora a domicilio para un taller, dependienta para un comercio textil, finalmente decide comprarse una pequeña máquina de tejer y vende lo que teje a diversos comercios de punto. La mayor parte de las mujeres de su generación que hemos entrevistado sitúan la continuidad de su actividad laboral como algo ligado a la propia posi-

ción social —“las de mi clase siempre habíamos trabajado”—, como medio de resistencia a la pobreza, como estrategia de movilidad social o como medio de transmisión de un capital escolar a los hijos e hijas. Juana recuerda sus fuertes deseos de movilidad social: “mi marido siempre me decía que no tenía bastante con nada y era verdad a mí me gustaba progresar, tener un piso mejor, unos muebles mejores, a él le importaba menos, yo lo busqué todo, la casa, los muebles, las escuelas, yo quería que mis hijos tuvieran todo lo que necesitaban, que pudieran estudiar. Para mi marido con que tuvieran un trabajo ya era bastante, yo quería darles estudios y los tuvieron aunque luego no les gustaba mucho seguir y se pusieron a trabajar en seguida”. En el momento en que su situación económica se lo hubiera permitido, decide continuar trabajando para salvaguardar sus deseos de autonomía frente a su marido: “Yo, mi trabajo ni hablar de dejarlo, mi marido siempre... es que no se explicaba por qué yo tenía que trabajar, siempre decía que con lo suyo ya teníamos, él era de buen conformar, pero con lo mío teníamos más. Y además que yo nunca hubiera dejado mi trabajo... Pues con lo celoso que era sólo me hubiera faltado dejar de trabajar. Y luego que él no quería ir nunca a ninguna parte después del trabajo y a mí me gustaba salir, y si no me hubiera muerto en casa sin salir”.

Juana como tantas otras entrevistadas nos habla de este esfuerzo particular por la transmisión de un oficio, o la dotación de un capital escolar como medios de movilidad social y de autonomía con relación al matrimonio. Este esfuerzo va a significar sin embargo para las generaciones siguientes nuevas contradicciones. En tanto un oficio o una formación profesional suponen una trayectoria laboral más rígida que la de sus madres, y por tanto conflictos de nuevo tipo con las trayectorias familiares y con la trayectoria profesional del marido. Su mantenimiento requerirá de nuevas estrategias y nuevas adaptaciones: el recurso al Welfare, bien poco desarrollado en nuestro país, la reivindicación de un cambio de la división sexual del trabajo en la familia y por tanto de las relaciones de conyugalidad. En ausencia de estos recursos, se plantea nuevamente la necesidad de una continuidad en el intercambio de prácticas laborales y domésticas, en mayor medida cuanto mayor es la exigencia de continuidad y de implicación que las nuevas trayectorias profesionales plantean. Algunas de estas mujeres llegarán en este esfuerzo colectivo a dejar su trabajo para apoyar el empleo de sus hijas.

Empleo vs. matrimonio. La ruptura de Teresa

La historia de Teresa nos introduce muy directamente a una de las nuevas contradicciones que deberán afrontar las jóvenes de la generación de los años sesenta. Contradicción entre la prolongación de los itinerarios de escolarización con las consiguientes posibilidades de movilidad profesional y social, y el modelo femenino que aún prevalecía para las mujeres casadas en determinados medios sociales y locales. Contradicciones que se producen con mayor agudeza en unas regiones que en otras. Teresa nos habla de su emigración como un desplazamiento que trata de atrapar un movimiento temporal diferenciado en las posibilidades de autonomía para las mujeres y de las distancias entre modelos femeninos de una región a otra.

Teresa nace en una pequeña ciudad castellana, de una familia obrera en la que la madre, como era “normal” dentro de su clase, según dice Teresa, había trabajado siempre, interrumpiéndolo sólo breves periodos por maternidad. La familia después de frecuentes altibajos por periodos de desempleo del padre inicia un proceso de movilidad social ascendente que les permite prescindir de la salarización temprana de las hijas, y procurarles una escolarización relativamente prolongada. La hija mayor cursa estudios de comercio. Teresa podía, siendo la segunda, y habiendo mejorado la situación económica familiar, aspirar in-

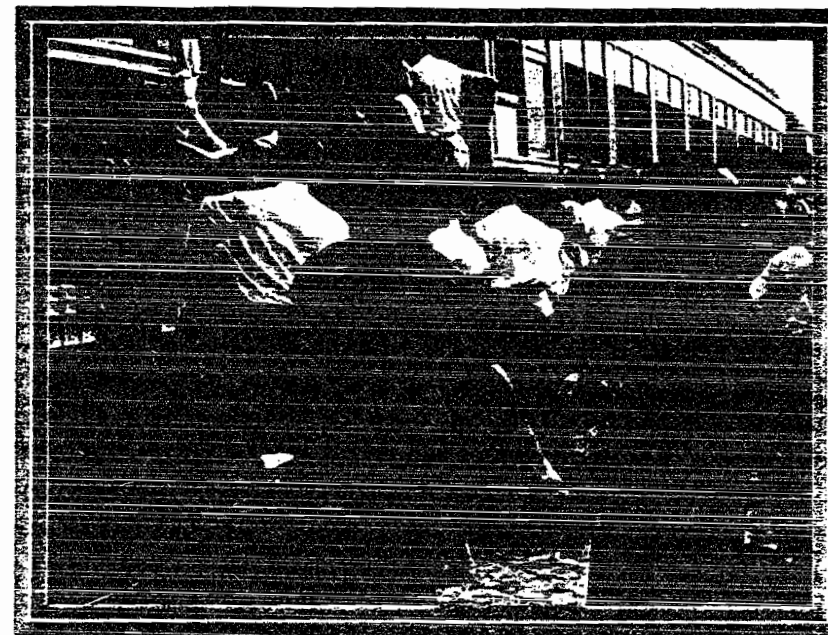


Foto de Manuel Ceballos

cluso a un nivel superior. Sin embargo, la experiencia de su hermana va a hacer a Teresa tomar otros rumbos. La hermana terminará comercio, lo que dentro de su clase era ya un signo de ascenso social: efectivamente estos estudios mejoraban su posición en el mercado matrimonial y así realiza, tras sólo dos años de experiencia como secretaria, un matrimonio ascendente. Este desplazamiento entre clases a través del matrimonio lo es también entre modelos femeninos, y así el trabajo que respecto a su familia de origen era un símbolo de adquisición de un status social más elevado, en el medio social de su marido era visto, paradójicamente para ella, como pérdida.

Teresa se confronta tempranamente con este conflicto, que la experiencia de la hermana evidencia. Y toma la decisión de abandonar la pequeña ciudad en la que vive antes de correr el riesgo de iniciar una relación que la pudiera llevar al matrimonio. Ello supone anticipar, respecto a lo proyectado por los padres, su ingreso en el mercado de trabajo y tener que aceptar el descenso social que le supone recurrir al servicio doméstico porque es el medio más rápido de dejar su familia.

La emigración de Teresa se orienta a una gran ciudad no sólo al encuentro de un trabajo sino de un contexto social en el que la doble presencia de las mujeres no es ya asignada exclusivamente a la clase obrera, y donde por tanto un eventual matrimonio no significará una mayor probabilidad de dejar su trabajo. Durante dos años trabajará como cocinera —como había hecho su madre durante muchos años— en una familia de la alta burguesía madrileña.

En un viaje de visita a su familia se encuentra con un pariente lejano que tiene una tintorería en Barcelona y necesita una chica joven para ayudar en ella. Teresa no lo pensará

dos veces y se viene a Barcelona: "Yo en mi familia había oído hablar de Barcelona que por lo visto era diferente a todo lo demás, pero era difícil ir allí, y me salió lo de Madrid a través de una amiga y me fui, pero cuando fui una vez a ver a mis padres —era el cumpleaños de mi madre— vino a tomar café un pariente que estaba de vacaciones. Tenía una tintorería en Barcelona y ya me dijo: —pues necesito una chica, así que si quieres puedes venir—. Y sí, sí, corriendo que me fui para allá. Él también contaba cosas de Barcelona... de las cosmumbres que había, de que allí nadie se enteraba de lo que hacías y a mí que era un poco rebelde, pues eso era lo que yo buscaba... hacer mi vida y que nadie se metiera conmigo...". Seis meses después encuentra una oportunidad mejor como dependienta y la aprovecha. El bajo nivel de formación adquirido implica efectivamente una reducción de sus posibilidades de ascenso social a través de un empleo más cualificado, ascenso que subordina a la elaboración de un proyecto de autonomía. Para Teresa es la renuncia a la escolarización, y a la elaboración de un proyecto profesional preciso, lo que le permite ganar, a través de una pronta inserción en el empleo, una mayor autonomía, desde la que años más tarde espera negociar con mayor fuerza las condiciones matrimoniales.

Teresa sin embargo no tiene suerte en sus encuentros amorosos, que parecen ser incompatibles con su permanencia en Barcelona. "No sé qué pasaba, todos eran de otro sitio y todos querían volver a su tierra y yo de eso ni hablar. Tal vez es que no me gustaban bastante, pero con el primero parecía que todo iba muy bien, pero cuando me propuso volver a Galicia, vamos es que ni soñar..." En tres ocasiones le proponen reinvertir el itinerario migratorio y regresar a lugares cuyos modelos son aún muy similares al de su familia de origen. El menor control social de la ciudad le permite finalmente tomar una decisión impensada desde su lugar de origen y en su época: tener un hijo sin contraer matrimonio. No es algo planeado de antemano, pero se encuentra embarazada y frente a los continuos fracasos de sus relaciones decide tener el hijo: "Yo tenía unas ganas enormes de tener un hijo, pero no tenía ganas de irme de allí, y no tenía suerte. Me quedé embarazada y él también se quería ir, así que no le dije nada y pensé que lo tendría igual, aquí pues parecía que nadie se metía contigo y si, si, las compañeras todas me ayudaron mucho cuando lo tuve, y todas muy amables si necesitaba algo. Y yo tan contenta".

La emigración posterior de una hermana menor ya casada y que al hacerlo también dejó el empleo, le permitirá llevar a cabo este proyecto. Teresa vivirá con su hijo en casa de su hermana. Entre ambas se produce de nuevo una circulación de las prácticas de trabajo, como hemos visto en otros casos producirse entre madre e hija. Su hermana se ocupará de la mayor parte del trabajo doméstico y de los hijos de ambas mientras son pequeños. Este intercambio se hace extensivo también a los modelos femeninos. Cuando los hijos crecen la hermana comienza a buscar trabajo influenciada por la experiencia de Teresa y a pesar de los conflictos que ello genera en su matrimonio.

En contraste con las teorías sociológicas y las políticas que parten de una asociación lineal entre el incremento de la escolarización o la profesionalización y la adquisición de mayor autonomía, la experiencia de Teresa, que hemos visto repetirse en las biografías de otras mujeres, nos muestra, por el contrario, los conflictos que en determinados contextos sociales pueden darse en un itinerario individual. Una mayor profesionalización de la trayectoria de trabajo de una mujer puede efectivamente entrar en conflicto, en caso de matrimonio, o bien con la trayectoria profesional del marido, o con la clase social a la que éste pertenece o con el modelo femenino del entorno al que se accede profesionalmente. Frente a ello hemos visto a varias mujeres jóvenes anticipar su ingreso en el mercado de trabajo como medio más seguro que la prolongación de la profesionalización, de asegurarse una situación de mayor autonomía.

Tina: una emigración compleja

Sin poder reducirse a una sola, las distintas historias que hemos explorado nos abren a distintas dimensiones de la emigración. La de Tina nos hace descubrir aspectos que en otras se presentan más difusos, y nos ayuda al mismo tiempo a realizar una lectura más atenta de estos aspectos que, más matizados, podrían hallarse también en otras historias. Podríamos insertar la historia de Tina en lo que hemos llamado *proyectos de ruptura con determinadas condiciones de la división sexual del trabajo en el medio obrero*. La emigración de Tina es sin embargo más compleja. Podríamos verla también como una emigración en cierto modo política. Es ciertamente una emigración en busca de un mercado de trabajo con mayores oportunidades para las mujeres o con oportunidades de empleo menos serviles que las existentes en su medio. Pero no es sólo eso. Es una emigración que busca también una inserción en un medio obrero más fuerte, portador de una mayor dignidad del trabajo obrero, y de mayores oportunidades de defender los intereses de los trabajadores. Son los argumentos que la madre de Tina utilizaba para impulsarla a emigrar.

Habíamos dicho que la primera generación de mujeres que emigran no llegan a desempeñar por lo general un oficio, ni un trabajo como obreras en la industria. Las excepciones que encontramos o bien se sitúan en la generación más joven, que emigra entrados los años sesenta, o cuentan con un precedente de trabajo fabril en la familia. La historia de Tina responde a este último.

La emigración de Tina tiene lugar en un proceso de transmisión de la madre a la hija. La familia, de tradición libertaria, estuvo marcada fuertemente por la guerra y la represión. La madre de Tina era cenetista. Tuvo dos experiencias matrimoniales, la primera con un jornalero que murió en la cárcel después de la guerra, la segunda con un obrero industrial cordobés. Y una experiencia laboral compleja. Mientras vivió en el campo trabajó en lo que habitualmente las mujeres de jornaleros: el campo, la casa y el servicio doméstico; después del segundo matrimonio dejó de trabajar. La misma Tina tuvo, antes de emigrar, varias experiencias laborales: "Había hecho de todo antes de marcharme. Primero empecé a trabajar en una casa bien, una familia andaluza de mucho dinero, primero cuidaba los niños, iba a ratos a la casa cuando estaban en Córdoba. Cuando se iban al cortijo un día le pidieron a mi madre que me dejara ir con ellos y me marché una temporada. Era aún una cría. A veces les acompañaba a Madrid, las temporadas que pasaban en una casa que tenían en la capital. Y con ellos estuve mucho tiempo. Y así. Y también había trabajado en otras casas". Las oportunidades de trabajo para las mujeres no eran muchas más fuera del trabajo doméstico y del trabajo rural, y además Tina no tenía más que la escuela elemental. "Allí es que no había otra cosa que hacer para las mujeres... los hombres aún podían ser obreros, nosotras éramos criadas o campesinas."

La situación del movimiento obrero cordobés, desmantelado por la guerra y por la represión, y el marcado carácter clasista del medio andaluz suponían para la madre de Tina, cenetista, una vivencia fuertemente conflictiva de su situación como mujer, militante y de clase obrera. El proyecto de emigración que transmite a Tina se ancla fuerte y complejamente en esa compleja pertenencia. Su madre la empuja a emigrar a un núcleo industrial, en busca de un trabajo fabril y de un colectivo obrero más fuerte: "Recuerdo que mi madre siempre me decía que donde los obreros eran más fuertes, aún; pero que donde estaba muerto [el colectivo obrero] las mujeres no podíamos levantar cabeza. Y allí después de la guerra no quedó nada y mi madre aquello no podía, no podía con aquello. Y me insistía en que me debía ir. A mí me costaba porque la veía enferma y no quería marcharme por miedo de que le pasara algo. Pero al final me vine porque ya vi que allí no tenía futuro, y también pensé que me la podría traer si me iba bien".

Su emigración comienza, como la de tantas otras, a través del servicio doméstico, pero será sólo a la espera de la primera oportunidad de trabajar en una fábrica. Tampoco era lo mismo trabajar en el servicio doméstico en una gran urbe como Barcelona. Ni las condiciones de trabajo eran las mismas, ni el *status* social o las posibilidades de movilidad social, o la de construir una vida relativamente al margen de ese empleo.

Tina emigra, pues, dentro de un proyecto muy definido, y sigue muy de cerca en los años siguientes el itinerario trazado por la madre: obrera de fábrica sin cualificación, casada con un obrero, militante sindicalista. Sin embargo se preocupa poco por realizar una trayectoria laboral o social ascendente a pesar de las oportunidades que se le presentan, aunque podríamos ver su trayectoria de ascenso social basada en la política. Y es también la militancia política la que le permite a Tina crear un espacio de fuerte autonomía respecto al matrimonio que otras mujeres construyen en torno al empleo.

Su trabajo en la fábrica y su militancia política la llevarán a confrontarse con los conflictos que la cultura empresarial, la cultura obrera y la cultura sindical y política plantean a las mujeres: "Si eras mujer eras siempre menos. En la empresa no sé qué era peor si los jefes o los compañeros. Había siempre algunos que aún, pero en general era muy duro. O no lo hacías suficientemente bien y entonces era porque eras mujer. O si lo hacías bien cuidado porque era que te pasabas y hacías el juego a la empresa. Si faltabas ni que fuera por una gripe era que eran los niños. Si ibas enferma que a ver que la empresa se acostumbraba mal...". En el comité y en el sindicato los conflictos además de en su vertiente política se plantean en una dimensión abiertamente personal entre hombres y mujeres. "Y luego en el comité, o en el sindicato los compañeros no te lo ponían nada fácil. Tenías que trabajar el doble que los demás para demostrar que eras igual que ellos... Y era un ambiente muy duro, con un trato muy rudo, que eran hombres vamos... y yo me agotaba de comportarme como ellos. Y encima si les dabas cien vueltas pues ojo... que si no te los quieres ver en contra a veces has de ser muy diplomática y hacer ver que ha sido algo suyo lo que te ha dado la gran idea."

Si en casi todos los relatos femeninos que para este y otros trabajos he recogido, las mujeres tienden a contar su vida en permanente relación con las de otros —hombres y mujeres de su propia generación—, o en referencia a la de otras generaciones, en los de estas emigrantes surge también otro diálogo: el que ellas mismas establecen entre las condiciones de existencia de distintas comunidades femeninas, la comunidad femenina de procedencia y la del lugar de la inmigración. Así, las experiencias de estas emigrantes se confrontan permanentemente a los cambios de los modelos femeninos a múltiples niveles: de una generación a otra a través de la transmisión familiar, de una región a otra a través de la emigración, de una clase a otra a través de los procesos de movilidad social que marcan sus trayectorias, sea a raíz del matrimonio, sea con el paso de un trabajo rural a uno industrial o en los servicios. Sus vidas en todo caso, lejos de estar sumidas en la inmovilidad o en una cotidianeidad considerada como rutinaria, están marcadas por un fuerte proceso de movilidad y de cambio a múltiples niveles, de los que se sienten y se presentan como sujetos activos. El cambio social en sus condiciones de existencia no es visto por estas mujeres como algo que viene sólo dado del exterior, producto de condiciones objetivas cambiantes y que marca sus vidas y transforma las condiciones de una generación a otra, sino como producto también de sus propias prácticas individuales, y del intercambio dentro de una comunidad femenina de dichas prácticas en el trabajo o en la familia.

Esta reconstrucción de un movimiento complejo en el tiempo a través del cambio entre generaciones, junto a un movimiento en el espacio, el de la emigración, nos ha permitido reconstruir un tercer tiempo, esta vez circular, en el espacio y en el tiempo, en el que las mujeres intercambian entre sí, no sólo prácticas diversas en el trabajo o en la familia, sino "modelos femeninos" de una región a otra, de una generación a otra, de una clase

a otra. Intercambio que es vivido por todas estas mujeres no sólo como forma de movilidad social individual o familiar, sino como una estrategia colectiva de construcción de una mayor autonomía para las mujeres.

Mirando sólo los desequilibrios entre mercados de trabajo no podemos entender los fenómenos migratorios, porque en iguales condiciones económicas unas familias emigran y otras no. Una de las claves de este análisis, sin agotar la compleja problemática de los movimientos migratorios, son las relaciones sociales de género, la percepción de estas relaciones y el papel activo de las mujeres para cambiar estas relaciones y las condiciones de existencia que generan para las mujeres. La historia oral puede ser un método de aproximación idóneo no ya para captar la morfología de dichos movimientos sino las prácticas y las estrategias que se desarrollan para su realización y los proyectos que las subtienden, aspectos difícilmente accesibles por otros cauces.